

Constantino Reyes-Valerio, Gabriela García Lascuráin,
Eduardo del Río y Mariella Paullada

El origen de una pintura mural de Metztlán

Es un hecho que los temas de las pinturas murales de los conventos de la Nueva España del siglo XVI, provinieron de los grabados contenidos en los libros que los frailes manejaron durante el periodo de la evangelización. De cuando en cuando, diversos autores han encontrado algunos ejemplos y los han dado a conocer. Desgraciadamente, y a pesar del enorme interés que tiene este asunto, todavía no se ha realizado una investigación sistemática en las varias bibliotecas

mexicanas que conservan un enorme acervo de libros de aquella época.

Si tal estudio se realizara, se tendría ya un caudal de los modelos que sirvieron a los misioneros para que sus pintores ornamentaran y decoraran las paredes de los templos y conventos. Es también seguro que este trabajo aportaría datos importantes para la historia de la pintura novohispana. Así, por ejemplo, se aclararía que su "estilo" está ya implícito en el que tenían las estam-

pas impresas, y las mezclas que hay en los marcos decorativos y en los frisos salieron de las combinaciones planeadas por los frailes a partir de las viñetas y las portadas de los libros. Su influjo se mostró, también, en buen número de obras escultóricas.

Acerca de las pinturas de la escalera del convento agustino de Metztlán, Hidalgo, el doctor Erwin Walter Palm, de la Universidad de Heidelberg, Alemania, publicó un artículo dando a conocer los grabados

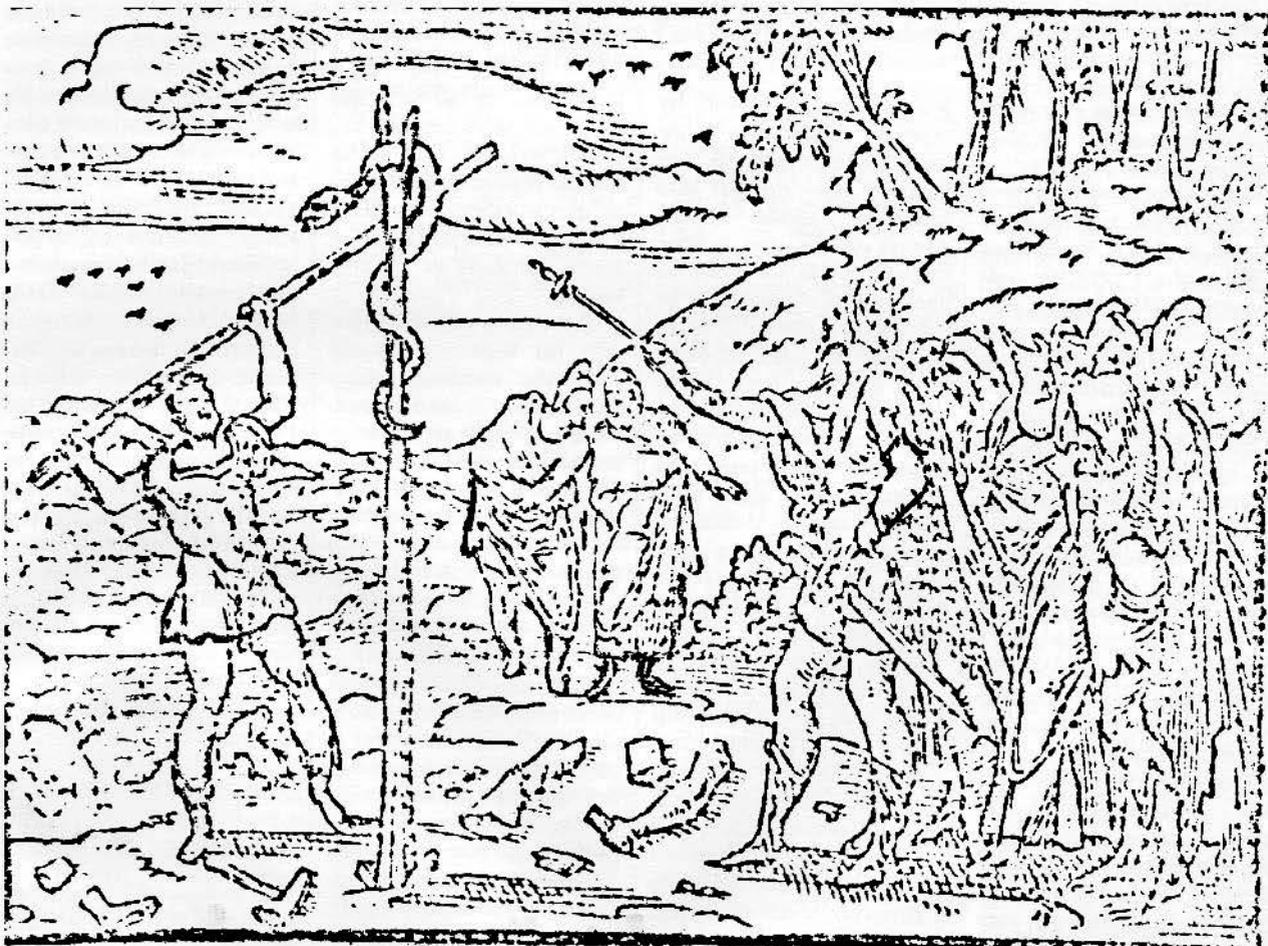
de dos de ellas, realizados por el artista flamenco Heemskerck, titulados "El triunfo de la Paciencia" y "El triunfo de la Castidad".¹

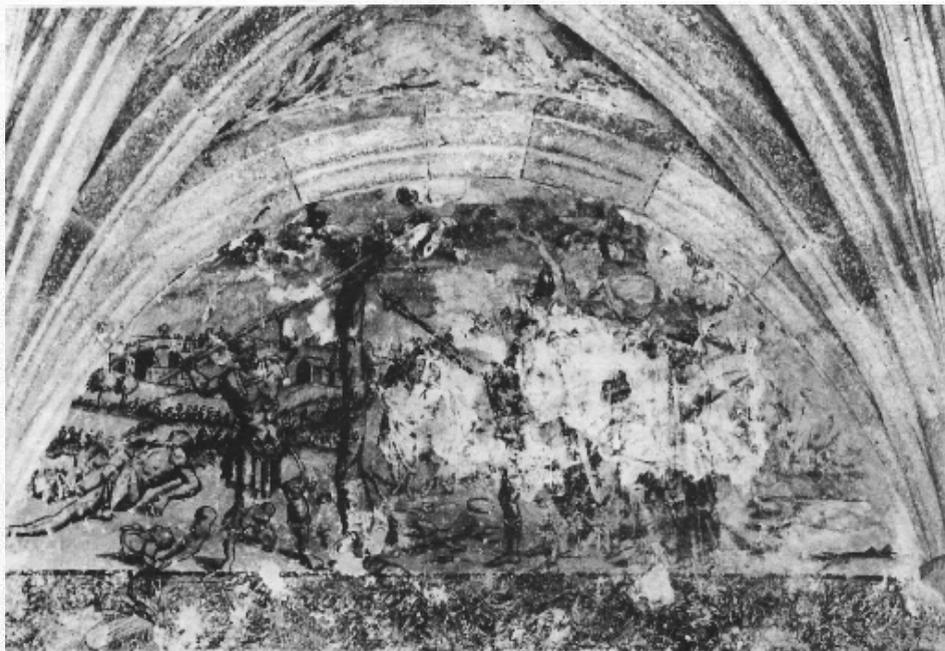
Por la misma época, quien esto escribe, ayudado por sus alumnos del curso de Iconografía Cristiana, Gabriela García Lascuráin, Eduardo del Río y Mariella Paullada, intentaron una búsqueda en el acervo de la Biblioteca Nacional de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Por diversos motivos, el trabajo y esta publicación tuvieron que suspenderse; sin embargo, a poco de hurgar, ha-

Foto 1. Grabado de una biblia impresa en Lyon, Francia, 1959

¹ Comunicaciones 13, Proyecto Puebla-Tlaxcala, México, 1976, pp. 1-7.





llaron, entre otros, el grabado que ahora se ofrece a los lectores, contenido en el ejemplar de una *Biblia Sacra*, en versión de la Vulgata, impresa en la ciudad de Lyon, Francia, en 1569 y el grabador fue Guillermo Rouillium, según reza la portada del libro, que mide 25 x 33 centímetros. En la página 119 y correspondiente al capítulo XVIII del Cuarto Libro de los Reyes, en el que se habla del rey Ezequías, aparece un pequeño grabado de 6 x 8.3 centímetros (foto 1), con una serie de personajes frente a un madero que tiene una serpiente enroscada. Si se le compara con una de las pinturas que se conserva en un luneto del claustro alto del convento de Metztlán (foto 2), se advertirá la enorme semejanza que existe entre ambas obras, aunque hay ligeras variantes en la pintura mural, que no aparecen en la estampa, como la figura del cadáver de un hombre que yace en el extremo izquierdo. Tam-

poco están en el grabado las casas del fondo, pero sí los restos descuartizados de otro hombre, esparcidos del lado izquierdo en ambos ejemplos. Apenas visibles en el mural se encuentran las imágenes de unos árboles, claramente marcados en la figura del libro. El personaje dominante es, desde luego, Ezequías, que en el grabado lleva la cabeza coronada, detalle que no se percibe en la pintura, quizás porque ha sufrido daños en ésta y otras zonas. En cambio, el cetro del rey señala claramente a la serpiente. Por otra parte, tampoco aparece la figura de un pequeño martillo.

Estos detalles señalan la posibilidad de que los frailes hayan utilizado un libro distinto y con un grabado ligeramente diferente al que ahora se presenta, pues resulta difícil concebir que el misionero y el pintor hubieran inventado el cadáver del lado izquierdo y eliminado la corona del rey. Aun cuando el mural está muy

maltratado, se advierte que los lineamientos generales son muy semejantes y se confirman las fuentes de inspiración de que se valieron los misioneros para elaborar la escenografía historiada en los conventos.

Por cuanto a la interpretación del tema representado sólo cabe especular, puesto que se carece de los documentos que podrían atestiguar las intenciones de los religiosos. ¿Por qué y para qué se pintaron éste y otros temas? La serpiente de bronce, erigida por Moisés en el desierto, ¿no fue, acaso, un elemento curativo para los israelitas, durante el éxodo? (Núm. XXI, 6-9).

Si se lee la vida de Ezequías en el mencionado capítulo y en el inmediato anterior, se advertirá el contraste tan marcado que hubo entre el reinado de este hombre con el de su padre, Ajaz. Éste, desoyendo el mandato de Yavé, se desvió y permitió no sólo el culto de los ídolos y la adoración

de los montes, sino la crueldad de los sacrificios humanos; condujo a su pueblo hacia el paganismo y permitió que lo dominaran los asirios al mando de Teglatfalasar; hizo caso omiso de los consejos del profeta Isaías, olvidó la ley de Moisés y convirtió a la serpiente de bronce en otro ídolo más a quien adorar. Por esta razón, al sucederle, su hijo Ezequías ordenó destruir la reliquia de la marcha por el desierto y puso fin al culto secular de las cumbres, derribó los altares dedicados al culto del Sol y de Astarté, deidad asiria; reimplantó la observancia de la ley mosaica y reabrió el templo de Jerusalén; resistió el asedio de Sargón, rey de Nínive y, más tarde, los ataques de Senaquerib sucesor de aquél hasta el año 693 a.C., fecha en que murió.

Si nos preguntamos ahora acerca de las relaciones que puede haber entre esta escena representada en el convento de Metztlán y las intenciones de los frailes, solamente se puede conjeturar que el tema pudo servir para enseñar a los indígenas que no fueron ellos los únicos idólatras; otros pueblos también habían venerado a la serpiente, reptil que tanto arraigo tuvo en la religión prehispánica; que igualmente habían practicado los sacrificios humanos, como lo muestran los restos del hombre descuartizado. Pero unos y otros serían, al final, castigados por Dios, cuyas leyes eran enseñadas a los indígenas y debían ser obedecidas a lo largo de la vida. El ejemplo escogido por un ignorado misionero no podía ser más adecuado. Mediante la palabra y la imagen, el fraile podía esperar que los nativos abandonasen su idolatría, como lo hizo el pueblo de Judá, dirigido por el rey Ezequías.

Foto 2. Pintura en el claustro superior del Convento Agustino de Metztlán, Hgo.